

Recepción del tema petrolero en la Literatura Venezolana

Ramón Ordaz
Universidad de Oriente. Núcleo de Sucre
ramonordaz.quijada@gmail.com

Fecha de envío: 17 de agosto de 2019

Fecha de aprobación: 13 de octubre de 2019

Resumen

Cualquier capítulo de historia Venezuela, cualquier hecho que pretenda explicar a Venezuela, estaría falseado, desnaturalizado, sería espurio, si desdeñara lo que es hoy la cultura del petróleo. El presente artículo se propone estudiar el impacto que ese tema ha tenido en la creación literaria nacional, en especial en los creadores contemporáneos. La frase de Gustavo Luis Carrera “Venezuela, país petrolero sin una novelística del petróleo”, no solo sirve para el estudio de ese género en específico, sino para todos los géneros que cultivan nuestros literatos, pues nuestro análisis concluye que hay un país petrolero, pero no una literatura del petróleo, y que aún andamos en busca de una literatura que dé cuenta en sus propósitos de una visión más totalizadora de nuestra realidad.

Palabras clave: el petróleo en Venezuela, literatura nacional, petróleo y literatura venezolana

Abstract

Reception of the oil theme in Venezuelan literature.

Every single chapter in the history of Venezuela, every fact that intends to explain Venezuela, would be faked, denaturalized, and spurious, if it overlooked what nowadays is the culture of oil. This article has the intention of studying the impact that this theme has had in the national literary creation, especially in contemporary authors. The quote from Gustavo Luis Carrera “Venezuela, an oil producing country without oil novels”, not only works for studying this specific genre, but all the genres cultivated by our authors, because our analysis concludes that there is an oil producing country, but not an oil literature, and that we are still in the search of a literature that accounts for its purposes in a more encompassing vision of our reality.

Key words: oil in Venezuela, national literature, Venezuelan oil and literature.

El lugar de Venezuela en el mundo siempre ha sido motivo de atención, no sólo porque se abre como puerta franca en el Caribe –objeto de los viajes de descubrimientos que van de Colón a Humboldt–, sino porque en el siglo XIX liderizó la gesta libertadora en América frente al imperio español, y nombres singulares como Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Andrés Bello plasmaron para la posteridad proyectos e ideas que fueron mapas, guías para la ulterior constitución de las repúblicas sucedáneas a la emancipación; por otra parte, en el siglo XX, su territorio, “bendecido” por la naturaleza, luego del asedio explorador de las compañías petroleras, se acreditó su nombre veneciano como Primer Productor de Petróleo del mundo, cognomento que, más que el orgullo de un virtual record Guinness, al transcurrir del siglo, se convertiría en una maldición, secuela impredecible tal vez, de lo que los cronistas de Indias bautizaron como estiércol del diablo, al tener que vérselas con los “betúmenes” que suspendidos en la mar océano gravitaban como otro espejismo de El Dorado que buscaban, sólo que la tecnología de entonces no alcanzaba más allá de la invención de Lampugnano, una máquina para rastrear las perlas que el agotado pulmón de nuestros indígenas no lograba traer a la superficie. Explotación y más explotación es el signo más notorio de nuestra historia cultural.

De las últimas décadas del siglo XIX datan las primeras inversiones del capital norteamericano en tierra venezolana. Previo a la explotación del crudo del subsuelo, estaba la del lago de asfalto de Guanoco – estado Sucre-, el más grande del mundo y vaya otro record para contar la historia de nuestra economía, hecho que sobre el pasado escenario de guerras y montoneras, entrado el siglo XX daría pie con buenos fondos del capital foráneo para propiciar la primera revolución del siglo. “Revolución” sui generis, ya que el “revolucionario” Manuel Antonio Matos era el hombre orquesta de la New York y Bermúdez Company, empresa que traficaba con el asfalto venezolano y que se aprestaba a nuevos asaltos para la máxima ganancia.

Abortada la tal “Revolución” durante el ejercicio presidencial del General Cipriano Castro, no cesarían las intrigas hasta su deposición en 1908 por parte de su compadre, el también General Juan Vicente Gómez. Por casi tres décadas en el poder, el llamado Benemérito sería el hombre que otorgaría concesiones petroleras desventajosas para el país a compañías inglesas y norteamericanas. Para mayores, en 1922 exhibe su gracia de ébano el plumón que emerge del Pozo Barroso N° 2, en el estado Zulia, constituyendo este hecho un hito en nuestra historia, ya que a partir de entonces arranca imparable la explotación petrolera en Venezuela bajo la mirada y la complaciente cartera del hacendado Juan Vicente Gómez. En el olvido quedaba el proyecto de Ley Petrolera del que fuera su Ministro de Fomento, el nacionalista Gumersindo Torres, en la que “se establecía el aumento de los impuestos a las compañías de hidrocarburos y se limitaba el número de hectáreas otorgadas en concesión”(Malavé Mata, 1974: 192). Nada más a propósito aquello de que Dios los cría y el diablo los junta. Gobernantes sumisos, entreguistas, y compañías voraces del capital unidos por el codiciado demonio energético, el dócil fruto de animales y plantas que el complejo mecanismo bioquímico de millones de años convirtió en un alucinante oxímoron: oro negro. Entre uno que otro ápice en nuestra cultura, puesto que privan las declinaciones, la historia del siglo XX venezolano lleva la marca indeleble del negro aceite, del petróleo. Cualquier capítulo de historia nacional en este siglo y el que corre, cualquier hecho que pretenda dar cuenta del país en este período, estaría falseado, desnaturalizado, espurio por desdeñar el valor de las variables fundamentales, si no está, cual sea el propósito de construir un relato de nuestro proceso histórico-social, atravesado por esa especificidad que es hoy la cultura del petróleo en Venezuela.

Son muchos los estudios que refieren el impacto que significó y significa aún, el trauma que trajo consigo la explotación del petróleo, así como la imposición de nuevas tradiciones, de nuevos estándares de vida. Mientras algunas familias eran arrolladas; pulverizado, reducido a la nada su escaso bien patrimonial por el tráfigo de cabrias y oleoductos, otras se dedicaban a escalar el tortuoso nuevo evangelio del American way of life. Pitiyanquis¹ los llamó el destacado escritor venezolano Mario Briceño Iragorry; mayameros es el calificativo en boga impuesto por el tráfico light y sifrino de quienes tienen como segunda residencia a Miami. Enjundiosa, vasta es la producción ensayística que aborda el aspecto social, el histórico, el económico-político, el antropológico, el psicológico, etc., desde la más ecuánime pesquisa en función de un Proyecto Nacional hasta las más enardecidas prácticas discursivas que rinden culto al compromiso, a las rupturas más radicales .

Ha dicho nuestro ejemplar ensayista del siglo XX, Mariano Picón Salas, que “Un género literario como cualquier otra forma de realización artística es la contrafigura o vaciado ideal donde cada época grava su apetencia, su representación y, también podríamos decir, su innovación de lo humano”(1983: 454). No hay conclusión más libre de dudas como la ya insinuada, es decir, que es el ensayo en todas sus posibles expresiones el género dominante que plasma los avatares de esa territorialidad conflictiva en que se convirtió la Venezuela del siglo XX. Si, como señala Terry Eagleton, la definición de la Literatura queda sujeta a una transitoriedad en su devenir, ya que nada ni nadie garantiza su perpetuidad como texto canónico literario, vale decir, “no es una entidad estable”(1994: 45), intentaremos dar cuenta del movido universo literario venezolano que a lo largo del siglo pasado ha representado en obras diversas el impacto que trajo consigo la actividad petrolera.

Hasta el presente ningún otro estudio ha superado la monografía *La novela del petróleo en Venezuela* (1972) realizada por el escritor Gustavo Luis Carrera. Constituye esta obra un obligado itinerario para quien quiera conocer cuánto se ha recepcionado el tema petrolero en nuestra narrativa desde las postrimerías del siglo XIX hasta la década de los Sesenta del siglo pasado. El acucioso registro y balance que nos ofrece Carrera tiene el mérito de ser un estudio que todavía hoy merece la distinción del reconocimiento. Citemos al menos el catálogo de obras que abarca novelas y protonovelas para subrayar lo que fue nuestra producción literaria en este sentido: *Lilia* (1909), de Ramón Ayala; *Elvia* (1912), de Daniel Rojas; *Tierra del sol amada* (1918), de José Rafael Pocaterra; *La bella y la fiera* (1931), de Rufino Blanco Fombona; *Cubagua* (1931), de Enrique bernardo Núñez; *Odisea de Tierra Firme* (1931), de Mariano Picón Salas; *El señor Rasvel* (1934), de Miguel Toro Martínez; *Mancha de Aceite* (1935), del colombiano César Uribe Piedrahita; *Mene* (1936), de Ramón Díaz Sánchez; *Remolino* (1940), de Ramón Carrera Obando; *Sobre la misma tierra* (1943), de Rómulo Gallegos; *Clamor campesino* (1944), de Julián Padrón; *La casa de los Ávila* (1946), de José Rafael Pocaterra; *Guachimanes* (1954), de Gabriel Bracho Montiel; *Casandra* (1957), de Ramón Díaz Sánchez; *Los Riberas* (1957),

¹ Mario Briceño Iragorry da cuenta de la palabra en los siguientes términos: “La palabra pitiyanqui no la he inventado yo. La palabra es puertorriqueña. La acuñó el alto poeta Luis Llorens Torres. Su origen semántico quizá tenga algo que hacer con la florida imaginación del poeta. La voz piti, como alteración del francés petit, entra en la palabra pitiminí recogida por la Academia, y con la cual se designa el rosal de ramas trepadoras que echa rosas menudas y rizadas. Llorens Torres, más que en las rosas, debió pensar en la actitud trepadora de los compatriotas que se rindieron al nuevo colonialismo” (Briceño Iragorry, 1953: 45)

de Mario Briceño Iragorry; *Campo Sur* (1960), de Efrán Subero; *Talud derrumbado* (1961), de Arturo Croce; *Oficina N° 1* (1961), de Miguel Otero Silva (Carrera, 1972, 134-136).

De la fecha de edición de *Elvira*, 1912, a *Oficina N° 1*, 1961, ha transcurrido más de medio siglo, dato no insignificante si tomamos en cuenta que en las más de ellas el tema petrolero es marginal, o mejor, no constituye el foco de interés del desarrollo novelesco. La conclusión de Carrera no puede ser más optimista después de un crudo análisis: "...quedan nada más cinco novelas petroleras propiamente dichas y publicadas en forma completa: *Mancha de aceite*, *Mene*, *Guachimanes*, *Cassandra* y *Oficina N° 1*. Y cinco novelas no pueden constituir una verdadera novelística; salvo, quizás, que fuesen todas literariamente consistentes y representativas" (Ibid.: 141-142). El planteamiento de Carrera nos trae un embargo final que no podemos pasar por alto. Ese "salvo, quizás, que fuesen todas literariamente consistentes y representativas" nos está anticipando la orfandad de la literatura venezolana sobre el tema en los albores de la década de los Setenta. Cinco novelas: unas inconsistentes y, lo peor, poco o nada representativas del drama nacional cuyo teatro tiene como telón de fondo una torre de petróleo y a su alrededor el maremagno de unos hombres que se buscan a ciegas en la insólita oscuridad que emerge de la tierra. Era de esperarse, entonces, el siguiente corolario del libro de Gustavo Luis Carrera: "Venezuela, país petrolero sin una novelística del petróleo" (Ibid.: 142).

Este es el panorama de la novela del petróleo hasta la década Sesenta: enfoques locales, narraciones anecdóticas regionales por decir lo más; sin la ambición en ninguna de ellas de dar cuenta de una realidad más compleja, es decir, de ser expresión de un país cuyo suelo ha sido roturado ya no para la siembra del café o el cacao, ni siquiera para la "siembra del petróleo" que desde 1936 empezó a predicar Arturo Uslar Pietri², sino por el barreno que extraía del subsuelo la arcaica excrecencia que en apenas un siglo ha cambiado la faz no sólo de un país, sino del mundo. Relevante a nuestro propósito, puesto que dice mucho acerca de lo que era Venezuela durante el período de la producción novelesca que hemos señalado, es remitirnos a las puntuales y determinantes palabras del economista Héctor Malavé Mata (1974):

En veinte años el país había cambiado – se refiere al lapso de 1917 a 1935, año éste de la muerte de Juan Vicente Gómez– los parámetros productivos de su economía: de país rural o esencialmente agrario se había convertido en país fundamentalmente petrolero. Pero la explotación del petróleo por consorcios extranjeros produjo, a cambio de un crecimiento aparente o ficticio, una dependencia mayor, una mediatización más profunda de la economía venezolana" (196-197).

Es significativo apreciar cómo ya para esta fecha Venezuela, que todavía no había superado el espíritu colonial como advierte el mismo Malavé Mata, ya esté inmersa en el marasmo de la vida petrolera. Cuando los "emancipados" amos del Valle no han salido todavía de la ilusión de ese pasado, los conseguimos administrando el festín petrolero ahora bajo un nuevo modelo de vida colonial. Si es ésta la situación en 1935, ningún esfuerzo hay que hacer para suponer por donde anda la Venezuela de los años Sesenta. No hay aldea o pueblo del territorio nacional que no haya sido marcado por una cuadrilla de superficie en su tarea de exploración. Hasta en el más recóndito poblado los sueños son tan altos como la llama del mechurrio y tan largos como los oleoductos que llevan el crudo hasta los puertos, por donde, no hay metáfora posible, marcha también un país en evasión.

No logramos dar con la novela de petróleo que sea expresión, sino cabal, que por lo menos nos ofrezca una visión de conjunto, un enfoque nacional de esa otra Venezuela que nace después de la década del veinte del siglo pasado. Y si hasta los años sesenta esa novela no ha sido posible, o por lo menos una novelística en serio según Gustavo Luis Carrera, cabría desde entonces a esta fecha hacerse la pregunta ¿qué ha pasado con nuestra narrativa finisecular? Nada más a la mano que los aportes de la investigadora Beatriz González Stephen en su estudio "El discurso populista y la deshistorización del imaginario social en la Venezuela petrolera". González Stephen dedica su investigación al acontecer de la narrativa venezolana correspondiente a las décadas de los Setenta y los Ochenta, es decir, los siguientes veinte años al mencionado estudio de Gustavo Luis Carrera. El registro no puede ser más desalentador, anodino, respecto al tema que venimos tratando. Hay un país ausente en esta narrativa, toda la tormentosa vida de un siglo prácticamente ignorada por nuestros escritores, porque ¿de qué otra materia puede construirse un relato, una novela –más allá de los fracasados experimentalismos– si no tiene soporte en una historia, y para mayores, en la Historia? Señala González Stephen cómo se ha silenciado el epos y cómo se ha impuesto la "canonización de una discursividad autorreflexiva" (González Stephen, 1992: 222); de allí que la conclusión de su interesante estudio –todavía en proceso al momento de su publicación– merezca la cita:

Si la narrativa venezolana echa malos cuentos o simplemente no echa ninguno es porque la han silenciado; y sus personajes si no existen, es porque han devenido inevitablemente en seres sin rostro, sin identidad: el oro negro ha oscurecido sus rasgos y banalizado sus vidas (P234).

². Desde el año 1936 el destacado escritor Arturo Uslar Pietri, en el ya famoso Editorial del Diario AHORA, lanzó el llamado futurista de "Sembrar el petróleo". En sucesivos ensayos insistió en ésta idea, tanto que se convirtió en la divisa de la Corporación Venezolana de Fomento creada en 1946. La frase tiene su historia, pero lo cierto fue que siempre flotaba cada vez que la situación del país hacía crisis. No fue poca la demagogia que practicaron con ella nuestros políticos. Así hemos arribado al siglo XXI, con la esperanza de que algún día los venezolanos podamos elidir de la frase el infinitivo y afirmar sus complejos: Al fin hemos sembrado el petróleo.

Este escenario marcado por la desidentidad, deshistorizado, solipsista, empieza a dar un giro importante a fines de los ochenta y durante la década de los Noventa. En 1989, con *Memorias de una antigua primavera*, la escritora Milagros Mata Gil obtiene el Premio Miguel Otero Silva de Novela otorgado por la Editorial Planeta venezolana. Con una técnica y un lenguaje puestos al día respecto a las búsquedas de la narrativa contemporánea, no cabe duda de que estamos en presencia de una nueva novela del petróleo en Venezuela. Es en cierto modo una reescritura³ acerca del acontecer del pueblo petrolero que vemos nacer en *Oficina N° 1*, de Miguel Otero Silva; nuevos modos de contar la misma historia, la episódica aventura de los hombres de mar que llevaron a cabo, en conjunción con el arquetipo yanqui, la fundación del pueblo de El Tigre (estado Anzoátegui) -*Oficina N° 1* en Miguel Otero Silva, Santa María del Mar en Mata Gil; a los que habría que añadir el de Nueva Angostura, nombre que se le da en la novela *Zarandona* (1999), de Josu Landa, donde el tema petrolero está presente, pero esta vez referida a la inmigración vasca que llega a la región oriental convocada por el boom petrolero-, pueblo que ahora, según el hilo temático de la novela, se apresta a celebrar el Cincuentenario de una oscura como caprichosa Fundación. Es indudable que la narrativa de los Noventa indaga en una variedad de temas donde no es poca cosa el tema histórico, sólo que esta vez revierte en sus contenidos interesantes miradas en su relectura del pasado, si bien la esperada novela del petróleo sigue en busca de autor. Severas son las siguientes palabras del ensayista Miguel Angel Campos en su estudio sobre la novela del petróleo:

Toda esta reflexión viene a cuento cuando reparamos en la notoria mudez de la narrativa frente al, a su vez, elocuente fenómeno de la cultura del petróleo. Notamos como una timidez demasiado abierta, una tremenda inseguridad en la ficción venezolana ante un objeto que reclama una entrada a saco. Prácticamente, un solo escritor toma para sí esta tarea casi moral; pues en Ramón Díaz Sánchez debemos ver una especie de apóstol que ordena los hechos de un evangelio que no admite segregados, pero al que unos fieles indiferentes no interrogan Campos, 1994, 15-16)

Más adelante en su valioso ensayo Campos llega al reconocimiento de *Mene*, de Ramón Díaz Sánchez, como la mejor novela del petróleo en Venezuela. No es éste el espacio para debatir tal valoración, que por lo demás no es ningún desatino, pero no deja de ser preocupante que desde 1936 a nuestros días no tengamos otra referencia más plausible.

Respecto a la poesía, las ofertas en nuestro panorama literario no son muy halagadoras. Sin ánimo de exagerar, podríamos decir que el tema más bien en el lapso de los últimos ochenta años constituye una extrañeza. Ahora mismo, en el 2004, académicos y amigos universitarios nos preguntan acerca de quienes han abordado el tema del petróleo en su poesía. La década del Veinte, época en que se inicia el auge de la producción petrolera, advertimos que es el mismo período de ascenso de los movimientos vanguardistas en América Latina. Aunque en Venezuela el eco de la vanguardia no tuvo la resonancia que apreciamos en otras ciudades del continente, no se puede soslayar la obra de autores, independientemente de las dos revistas de vanguardia conocidas: *válvula* y *navío*, como Luis Enrique Mármol, Antonio Arráiz, José Antonio Ramos Sucre, Ramón Hurtado, Salustio González Rincones, Pío Tamayo e Ismael Urdaneta, este último autor de un libro póstumo: *Poemas de la musa libre* (1928). Al promediar la década del Veinte los poetas roturan nuevos caminos para dejar correr el agua de la poesía. El novel poeta Jacinto Fombona Pachano en su “Discurso de colación” de 1927 en la Universidad Central de Venezuela, con verbo incipiente, inseguro todavía en su búsqueda, expresará su nostalgia por un pasado que empezaba a desdibujarse ante los cambios ya notorios en su entorno. Desde el podio universitario nos dice: “Tribuna de los vejámenes,/ de cuando los doctores salían/ de la Universidad a hacer patria,/ la patria encrespada y bravía,/ patria de establo sin hidrocarburos/ y caballos sin gasolina” (Fombona Pachano, 1927: 5). Un año más tarde, trascendiendo su lírica modernista, Ismael Urdaneta, con los despojos de su instrumentos verbal, directo, sin alambicamientos, escribirá una poesía más circunscrita a los acontecimientos sociales, el alma puesta en el latido de un pueblo que alteraba su ritmo, de un tiempo dislocado y un espacio que mostraba los signos de una enfermedad epidérmica. Ya en 1928 el Lago padecía las secuelas de los derrames petroleros. La preocupación de Urdaneta en sus poemas “Croquis del Lago y la urbe” lo convierten en un pionero, no sólo como voz que emerge en defensa del Lago ante la contaminación, sino también por el tópico petrolero que se hace presente en la poesía venezolana. A pesar de su prosaísmo, ya hemos señalado el propósito que se fijó con este libro antes de suicidarse – su nueva poética podría leerse en el texto “Solemne responso a un diccionario de la rima”-, en reconocimiento a su anticipada visión lírica, leamos un fragmento del poema “El Lago petrolizado”: No he sentido en mi vida/ dolor más lírico/ de irremediable ausencia de colorido local,/ a mi regreso a Maracaibo,/ que ver en el Lago de mi infancia/ las barcas, las ingenuas y blancas/ barcas de cabotaje/ que convertían el Lago en un estanque,/ el verlas con el pecho y las alas/ tiznados de petróleo. El estertor bituminoso/ que en Cabimas salpica la blusa/ de los obreros, vomitó al Lago/ su negro Wall Street”(Urdaneta, s/a: 73).

Después de los poemas inaugurales del tema en la poesía venezolana de Ismael Urdaneta, es fácil percatarse cómo prácticamente desaparece como referencia en nuestra poesía hasta la década del los Cincuenta cuando el poeta Juan Liscano da a conocer su *Nuevo Mundo Orinoco* (1959), donde incluye un texto autónomo y peculiar “Esto ya fue una vez”, una íntegra

³. Para el concepto de reescritura nos remitimos al crítico Víctor Bravo: “Esta construcción/deconstrucción transpuesta al plano del relato desplaza la escritura (representación de un referente) en reescritura (representación de otra escritura), donde la lejanía e incluso la ausencia de referente originario pone en crisis la noción de representación misma” (Bravo, 2003,41)

deprecación acerca de los fastos y el fatum que signan la cultura venezolana desde los impredecibles inicios de la explotación petrolera. Difícil, tal vez no imposible, es dar con un poema de tema petrolero durante este largo período. Conseguimos referencias y usos de la palabra petróleo, más como figuración y juego metafórico, que como propósito de advertir acerca de su relevancia en el contexto de nuestra realidad social. Luego podríamos citar nombres como Miguel Otero Silva, Hesnor Rivera, que abordan el tema en algunos de sus poemas, y sentimos que ya no tenemos para mayores. Nota aparte, porque después de Liscano es el poeta que asume en un libro la realidad del petróleo como asunto poético, merece J.M. Villarroel Paris, vinculado a la pléyade de poetas de la ciudad de Valencia. Su poemario *De un pueblo y sus visiones (s/a)* es digno de una relectura y una reedición, más cuando el petróleo, ayer como hoy, nos constituye y nos define económica y políticamente. Autor de más reciente data, Simón Petit, salva a las nuevas generaciones de ese imperdonable olvido. Su libro *Bajo la grúa* (1991) y la reedición de éste con uno nuevo, *Sobre el andamio* (1999), le otorgan a este poeta un lugar de excepción en la última poesía que hace en Venezuela. Otro autor que merece distinción en este sentido es Adolfo Segundo Medina con su poemario *Y Nubia de por medio* (1995).

Del teatro tampoco es mucho de lo que hay que dar cuenta, pero la deficiencia de ese mucho parece llenarla la obra teatral del imponderable César Rengifo, dramaturgo, poeta, ensayista y pintor. Sus piezas *El vendaval amarillo*, *El raudal de los muertos cansados* y *Las torres y el viento*, dramatizadas alrededor de circunstancias y hechos concomitantemente desarrollados en nuestra narrativa (novelas y cuentos), en la poesía y en el ensayo, devienen obras referentes al tema petrolero que salvan del vacío a nuestra dramaturgia.

Las conclusiones saltan a la vista. Habría que recordar, como explicación a la mano, lo que denominó Mariano Picón Salas “período fraseológico de la cultura venezolana: la palabra divorciada del hecho, suelta y autónoma en su vaga sonoridad” (1983: 74-75); o lo que Ramón Díaz Sánchez calificó, en un intento de diferenciación de la cultura contemporánea respecto al pasado, como país vegetal y país mineral, distinguido el último por

el marxismo y su contrapartida el colonialismo capitalista, el abstraccionismo literario y artístico, los rascacielos, los automóviles, el cine, la televisión y la radio, el imperativo publicitario, las nuevas modalidades de la moral colectiva y todos los otros motivos que mantienen en constante fricción a la sociedad con el individuo” (Díaz Sánchez, 1965, 109);

y, para dar constancia de las luces del presente, el argumento de Miguel Ángel Campos cuando señala que “El petróleo no era tema aristocrático para el escritor artístico...” (1994:17).

Atrás el siglo XX y sometidos a los retos del presente, no cabe duda de que las últimas generaciones, en atención al tema que tratamos, están en deuda—medio siglo de por medio—, por una parte con la obra que adelantaron hombres como Rufino Blanco Fombona, Rómulo Gallegos, Enrique Bernardo Núñez, Juan Liscano, Ramón Díaz Sánchez, Arturo Uslar Pietri, Miguel Otero Silva y muchos otros; así como, tal vez lo más importante, con los cambios y metamorfosis de un país que anda en busca de una literatura que dé cuenta en sus propósitos de una visión más totalizadora de su realidad.

Bibliografía

Briceño Iragorry, Mario (1953). *Léxico para antinacionalistas. Aviso a los navegantes*. Caracas: Ediciones Edime.

Bravo, Víctor (2003). *El orden y la paradoja*. Mérida (Venezuela): Universidad de Los Andes- Ediciones del Vicerrectorado Académico.

Campos, Miguel Ángel (1994). *Las novedades del petróleo*. Caracas: Fundarte.

Carrera, Gustavo Luis (1972). *La novela del petróleo en Venezuela*. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal.

Díaz Sánchez, Ramón (1965). *Paisaje histórico de la cultura venezolana*. Buenos Aires:

Eudeba.

_____ (1988). *Mene*. Caracas: Panapo

Eagleton, Terry (1994). *Una introducción a la Teoría Literaria*. Bogotá. Fondo de Cultura Económica.

Fombona Pachano, Jacinto (1927). “El canto de la madre y de la universidad” (Discurso de colación). La Universidad N°4, Caracas.

González Stephen, Beatriz (1922). “El discurso populista y la deshistorización del imaginario social en la Venezuela petrolera. La duda del escorpión. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.

Landa, Josu (1999). *Zarandona*. México: Centro Vasco A.C.

Liscano, Juan (1960). *Nuevo mundo Orinoco*. Bogotá: Ediciones Nuevo mundo.

- Malavé Mata, Héctor (1974). *La república del petróleo. Formación del antidesarrollo en Venezuela*. Caracas: Ediciones Rocinante.
- Mata Gil, Milagros (1989). *Memorias de una antigua primavera*. Caracas: Editorial Planeta.
- Medina, Adolfo Segundo (1995). *Y Nubia de por medio*. Rubio (Venezuela): Taller de Expresión Literaria "Eleazar Silva".
- Otero Silva, Miguel (2002). *Oficina N° 1*. Caracas: Los Libros de El Nacional.
- Petit, Simón (1999). *Bajo la grúa/ Sobre el andamio*. Punto Fijo (Estado Falcón): Fondo editorial Ateneo de Punto Fijo.
- Picón Salas, Mariano (1983). *Viejos y nuevos mundos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Rengifo, César (1989). *Teatro. Obras, t. II*. Mérida (Venezuela): Universidad de Los Andes.
- Urdaneta, Ismael (s/a). *Poemas de la musa libre*. Maracaibo: Ediciones del Instituto Zuliano d Cultura.
- Uslar Pietri, Arturo (1984). *Venezuela en el petróleo*. Caracas: Urbina & Fuentes Editores Asociados.
- Villarroel Paris, J.M. (s/a). *De un pueblo y sus visiones*. Valencia (Venezuela): Universidad de Carabobo.